

ceremonias que exige de los demas hombres; y aquellos cuya fortuna arrastra siempre tras sí una multitud de adoradores, van á despojarse en vuestra casa del esplendor de su dignidad, para someterse á vuestras decisiones, y á esperar de vuestros consejos la paz y tranquilidad de sus familias.”

Pero de nada serviría esta independencia en el abogado, si estuviese dominada por perversos instintos, y si su abuso dirigiese las acciones al mal. Se necesita, pues, que vaya acompañada de la integridad, y que el jurisconsulto dirija siempre su conducta, por un sentimiento fijo y permanente de justicia, fuera del cual no puede haber ni mérito ni gloria.

El que no busque el triunfo de la ley y de la razon en todos sus pasos; el que se preste por debilidad ó por cálculo, á todas las aspiraciones y exigencias de los litigantes, aspiraciones y exigencias que no tienen algunas veces otro principio que el de el interés y la corrupcion; el que haga servir sus medios á censurables fines, no conseguirá otra cosa, aunque pudiera alguna vez lisonjearle el resultado, que prostituir la profesion, y sacrificar su nombre á una gloria efímera, aparente y funesta. Por esto ha dicho el escritor que antes hemos citado: “Jamás os lisonjéis del fatal honor de haber oscurecido la verdad; y prefiriendo los intereses de la justicia al deseo de una vana reputacion, procurad más bien hacer ver la bondad de vuestra causa, que la grandeza de vuestro talento.”

Menester es, además, que el abogado abrace la causa que defiende, con interés decidido y activo, para que no perdone medio de hacerla triunfar, dentro de los límites que le señalan su dignidad y su propio decoro. Y establecemos esta modificacion, porque el defensor no de-

be entregarse ciegamente á los consejos de impulsos irreflexivos, sirviendo de dócil instrumento á tendencias inconsideradas, ni de desahogo á la cólera é irritacion de su cliente, puesto que su posicion es más elevada, mas exenta de ódios y de pasiones mezquinas. Hay litigantes que creen que su defensa no es cumplida, si no se derrama con profusion en ella, la injuria y el sarcasmo; y el abogado que cede y se entrega á este deseo, rebaja su ministerio, entra en un campo vedado, y se rebaja á sí mismo, descendiendo al fango inmundo, para revolverse en él como un despreciable insecto. Dignas son de notarse las palabras que el escritor á quien vamos aludiendo, dirige á estos abogados dóciles y reprehensiblemente apasionados. “Negad á vuestros clientes, dice, negaos á vosotros mismos, el placer inhumano de una declamacion injuriosa. Lejos de servir de las armas de la mentira y de la calumnia, procurad que vuestra delicadeza llegue hasta el extremo de suprimir aun las reconvencciones bien fundadas, cuando solo sirven de ofender á vuestros contrarios, sin ser útiles á vuestros defendidos; y en el caso de que el interés de éstos os obligue á expresarlas, procurad que el comedimiento con que las propongais, sea una prueba de su verdad, y que conozca el público que la necesidad que vuestra obligacion os impone, os arranca con disgusto, lo que la moderacion desearia poder disimular.”

CONCLUSION.

Cicerón reputaba de sumamente árduo y difícil, el escribir sobre elocuencia. Si yo me hubiera atendido á la

opinion de tan respetable maestro, ciertamente no hubiera emprendido este trabajo. Solo tenia escritas dos lecciones cuando lo anuncié al público, y no contaba con ninguna preparacion para las restantes. Faltábame absolutamente el tiempo, y no podía prometerme para despues, tener mas horas á mi disposicion.

No me engañé en este juicio. Entregado sin descanso á las ocupaciones de mi profesion, solo he podido consagrar á esta nueva tarea, los momentos que forman alguna vez paréntesis en ella, y algunos otros que he necesitado quitar á mi reposo. ¡Cuántas veces en el breve espacio en que escribia un párrafo, he necesitado dejar y volver á tomar continuamente la pluma, para darme á otros objetos del momento, y para aprovechar despues los vacíos que estos me dejaban! Esta alternativa es sumamente desagradable y funesta á la vez, para el escritor. En estos incesantes cambios, la atencion se distrae, el raciocinio pierde su hilo y su fecundidad, y la pasion se enfria y se desentona. Yo he tenido que pasar por este inconveniente y por esta gran desventaja, y lo anuncio así, para que mis lectores, cuando se aperciban de tales faltas, sepan á lo que las han de achacar, y no las atribuyan á ineficacia de las reglas.

Cuando he podido entregarme sin interrupcion, algunas horas al trabajo, me ha sido necesario que la pluma siguiera á la imaginacion en su veloz movimiento, y no he tenido en mi favor, ni la meditacion que crea y dispone, ni la atencion, que despues corrige y pule. La imprenta, ese mónstruo que devora en pocos instantes todo lo que se le arroja, me apremiaba sin cesar, y mi pensamiento y mi mano corrian siempre con anhelacion y con angustia. Así, por una necesidad dura, pero inevitable, no he podido seguir la regla tantas veces repetida

en esta obra, de que se piense y medite con detenimiento, se trabaje con lentitud, y se revea con la atencion mas prolija. Por este motivo, y por las medidas que habia dado al trabajo al tiempo de anunciarlo, no me ha sido posible hacer otra cosa, que desflorar algunas materias, que hubiera deseado tratar mas profundamente: si bien confio darles mayor latitud en un apéndice, si algun dia puedo disponer del tiempo que ahora me falta.

Con gusto hubiera realizado esta idea, en algunos dias que he tenido de descanso últimamente, en el intervalo que se da á las tareas en la estacion mas calorosa; pero hallándome, en este periodo, en un pais que no habia visto en mucho tiempo, lleno para mí de recuerdos á la vez dulces y dolorosos, mi alma estaba embargada por tantas sensaciones, y se resistia á salir de sus éxtasis, para recorrer otro terreno, en comparacion de aquellos, árido y enojoso. Gustábale solo hablar con aquel lenguaje místico é indescifrable; con aquella elocuencia que no se trasmite al labio ni á la pluma, y que solo envia al corazon, para revelar sus insondables misterios.

A pesar de todo, he procurado fijar los preceptos generales de la oratoria, y principalmente darles sistema y unidad. He creido que en vez de desenvolver teorías dispersas y abstractas; en vez de acumular reglas sobre reglas, era preferible coger por la mano al que quisiera dedicarse á estos estudios, y señalarle lo que debia hacer y lo que debia evitar, desde la primera preparacion de un discurso, hasta su enunciacion mas elevada y completa.

En la parte de la elocuencia en general, he intentado exponer sus leyes y su mecanismo; las cualidades y estudios del orador; las palabras y giros que adornan y embellecen un discurso; los caractéres de la imagina-

cion, y el tipo é índole del sublime; las partes en que se divide una arenga, y el modo con que debe desempeñarse cada una de ellas: y por si no bastaba el conocimiento de estos principios para su aplicacion inmediata á otras clases de elocuencia distintas de la del foro y de la parlamentaria, he entrado en la teoría de cada una, y he procurado ofrecerla con la posible exactitud y brevedad.

Hecho esto, estaba asentada la base y bosquejado el plan que se debe seguir en la formacion de todo discurso, y cualquiera que sea el género á que se desee aplicar los preceptos. Pero en cada especie de oratoria, hay un carácter particular que debe consultarse, una entonacion diferente, á que el orador se debe acomodar. Por esta razon, mi trabajo, respecto á la elocuencia del foro, se ha reducido á marcar los puntos de diferencia y excepcion, partiendo siempre de aquellas reglas fundamentales. Por medio de este procedimiento, las materias mas abstractas y dificiles, pueden hacerse sumamente accesibles, y aun fáciles y familiares; y yo espero que este sea el resultado en los que con atencion y perseverancia estudien estas lecciones. Confio en que con ellas, los jóvenes podrán hacer rápidos progresos, y conquistar el dominio sobre la palabra, que á primera vista se cree tan árduo y costoso.

Y digo que los jóvenes podrán alcanzar estas ventajas, porque el estudio de la oratoria tiene un tiempo, pasado el cual, las tentativas son, por lo comun, infructuosas. He dicho en otra parte, que se fatigaria en vano para ser orador, el que absolutamente careciese de disposiciones, y lo mismo debe entenderse de aquellos en quienes la edad ha venido á marchitar la flor de su imaginacion, por mas que antes haya sido viva y fragante.

La juventud, esa edad dichosa, en que el hombre se mece siempre en sus sabrosos delirios; en que realza los objetos con el colorido de su entusiasmo; en que para él todos son encantos, todo belleza y poesía; en que los giros mas sorprendentes se le hacen habituales, y le acuden como por encanto, las figuras y las imágenes mas atrevidas y felices, esa y no otra, es la época á propósito para el estudio de la elocuencia. Despues, cuando la imaginacion se apaga ó debilita, cuando la experiencia, el mundo y la edad destruyen las ilusiones; cuando la fibra se relaja ó se postra, no se piensa sino con lentitud y con trabajo, ni se siente sino débil y oscuramente, ni se pinta, sino con mano tímida y convulsa. Esta no es ya la edad de aprender la elocuencia, que pide animacion y fuego, y solo exhala, donde estos faltan, ecos impotentes, parecidos á los suspiros de un moribundo.

En los mismos que han poseido el don de la palabra con una lozanía y vigor apenas creibles, los años van trabajando sus facultades, la imaginacion no les presta ya sino una luz amortiguada y pálida, y se ve, con dolor, que imitan en su marcha fatal al curso del sol, que templa el calor de sus rayos, á proporcion que mas se acerca al Ocaso. ¡Triste ley de la naturaleza! Todas sus obras aparecen, se desarrollan, ostentan por un momento todo su poder, y el instante mismo de su mayor altura, se toca con el que principia su delineacion. Los grandes oradores terminan, por lo comun, en ser difusos recitadores; su imaginacion, como sus piés, no marcha en la vejez, sino con vacilacion y dificultad, y faltos sus discursos de vuelos osados, de imágenes animadas, de entonacion firme y vigorosa, no sirven sino para hacernos conocer las ruinas del edificio, el esqueleto del gigante. Si alguna vez se reanima y sale de su habitual

postracion el hombre, oprimido por el peso de los años, lanza un sonido poderoso, y vuelve á enmudecer: sus esfuerzos bastan para ofrecerlo un instante al mundo como antes era, pero no para sostenerlo contra su gravitacion: es la lámpara sin pábulo, que arroja un fuerte destello de luz, antes de apagarse para siempre.

Hay, sin embargo, corazones que no envejecen. Las palabras de Chateaubriand anciano, escritas en el pacífico retiro que esperaba servirle de tumba, no tienen menos osadía, menos fuego ni menos unción, que las que atravesaban por su cabeza delirante, á la vista de los bosques de América, de los lagos del Canadá, ó del cráter del Vesubio, cuando corria por él la edad de la animacion y de los placeres. Pero Chateaubriand es una excepcion en todo, que no se verá copiada en el mundo con frecuencia.

Mas no porque la elocuencia se debilite ó extinga con la edad, debemos ser menos perseverantes y celosos en adquirirla. Todas las ventajas, todos los goces de la vida, á que aspiramos con tanto afán, siguen como una sombra á la juventud, y desaparecen con ella. ¿Ni de qué serviría una espada colocada en la mano de un cadáver? La palabra es un arma que sirve para la conquista y para el triunfo, mientras el hombre puede desear conquistar y vencer. Cuando ya en los años cercanos á su fin se prepara á la muerte que lo reclama, nada importa que su voz, por mas poderosa que haya sido, se haga imponente y fúnebre. Entonces es el verdadero emblema de la estatua de Menon, cuyos acentos armoniosos y fuertes por la mañana, se cambian en opacos y débiles al aproximarse la noche, que va á envolverla entre sus sombras.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

	PAGS.
DISCURSO INAUGURAL	III
LECCION I. De la elocuencia.—De su índole y destino.—De las reglas.—Elocuencia del silencio.—De accion independiente de la palabra.—Diferencia entre ser orador y ser elocuente.—Del calor—El patético.—Y el abandono en el discurso.	1
LECCION II. Historia de la elocuencia.—Cualidades y estudios del orador	15
LECCION III. Cualidades del estilo.—Tropos y figuras .	29
LECCION IV. De las figuras de pensamiento	45
LECCION V. De la imaginacion y del sublime	65
LECCION VI. De la formacion de un discurso.	87
LECCION VII. De la invencion, disposicion, elocucion y pronunciacion.	99
LECCION VIII. Trabajos preparatorios para la elocuencia, y reglas generales para el orador.	111
LECCION IX. Reflexiones filosóficas y de aplicacion sobre los principios establecidos.	123
LECCION X. Aplicacion de las teorías expuestas á varias clases de elocuencia	137
LECCION XI. De la posibilidad en todos los hombres, con pocas excepciones, de llegar á ser elocuentes . .	161
LECCION XII. Reflexiones sobre el desarrollo y carácter distintivo de la elocuencia segun el estado de las sociedades	167
LECCION XIII. Recapitulacion y consejos	173